

— ¡Qué ocurrencia!

— Apostemos... ¿Dudáis? Entonces tenéis miedo de perder. Vamos, venid.

VIII

El 26 de Enero último había yo comido admirablemente... ¿Que había comido bien? No; lo había hecho como tengo por costumbre. ¿Por qué andar con rodeos y mentir en una cosa tan insignificante, pretextando una excusa que invocan todos los que pecan de ocho á once de la noche? Allá va la verdad completa: el círculo y el teatro no me llamaban la atención, y no sabiendo qué hacerme, me ocurrió la idea de pasar la noche del mejor modo posible. En el caso

en que mi conducta sea digna de censura, no puedo disculparme diciendo que fui obligado, ó que no quería ir con amigos que fueron demasiado persuasivos, porque estaba solo, completamente solo, al abrigo de toda influencia perniciosa; y si después de dar dos ó tres vueltas por el boulevard, encaminé mis pasos hacia la casa de Lareine, es porque yo quise; soy culpable, sin ninguna circunstancia atenuante.

La fisonomía de esta mujer es una curiosidad: pequeña, gruesa, activa, traviesa, habladora, conoce á París á fondo; batalladora, enérgica, capaz de dar la cara á la autoridad, sabiendo guardar un secreto cualquiera que se deposite en su domicilio; protegida por grandes personajes, que son sus clientes, y de cuyos vicios es depositaria; es poseedora de unos trescientos ó cuatrocientos mil francos, adquiridos con el trabajo... de otras. Está corrompida hasta la médula de los huesos, y sin embargo, está de una manera sencilla. Sí, de una manera

sencilla; y para tener derecho á sostener este calificativo, voy á citar unos párrafos de un folletín de Sarcey, que me han llamado mucho la atención:

« No puedo explicarme lo que pasa en » el alma de una de estas mujeres. Estoy » convencido de que viven tranquilamente » en ese oficio que han escogido, prácti- » cándolo lo mejor que pueden, y sin que » les inspire vergüenza, repulsión ni remor- » dimientos; repiten de una manera sincera » el antiguo adagio de que no hay oficio » malo, sino malas personas. ¡Y ellas se » consideran honradas! Fuera de su pro- » fesión, deben considerarse capaces de » realizar buenas obras, y en el fondo, lo » único que tienen es la ausencia de repul- » sión y vergüenza que nosotros experimen- » tamos por su oficio. Si sintieran lo mismo » que nosotros, seguramente no le ejercerían, porque no les sería posible condenarse á un suplicio interminable. No es, » por lo tanto, para causar admiración, el

» que tengan para sí su código, y que, en
 » una palabra, hayan inventado una moral
 » particular dentro de la inmoralidad. »

Como consecuencia de un escandaloso proceso que hizo mucho ruido, aunque la justicia no pudo sacar nada en limpio, Lareine acaba de abdicar en manos de una tal Lepetit que hace sus veces. Pero el invierno último aún reinaba sola en su templo.

Este tiene todas las apariencias de una buena casa amueblada, bien puesta, digna de respeto, siendo una especie de *family-hotel*, como dirían los ingleses. Durante el día está abierta la puerta por completo y de la misma manera que otra cualquiera, penetrándose en un vestíbulo sin que se presente nadie para interrumpir vuestro camino hasta después de llegar al entre-suelo, que es cuando aparece una anciana de aspecto venerable, especie de dueña de cabellos blancos, que es el brazo derecho de Lareine, su ayudante de órdenes, su primera dama de honor. Si ésta no os co-

noce, ó no vais recomendado por un amigo de la casa, ó si no le parece bien vuestro aspecto, se admira por vuestra visita diciendo que os habéis equivocado, puesto que lo que ella tiene, es una casa amueblada parecida á las demás, y que todos los cuartos están alquilados en aquel momento. Os despide con la mayor finura y sin haber hecho ningún ruido, porque en aquella discreta casa todo se realiza con afabilidad y el mayor silencio posible.

Si por el contrario, sois conocido de algún tiempo, ú os presentáis bajo los auspicios de un amigo formal, ó si del examen minucioso que se ha hecho de vuestra persona resulta un fallo favorable, la dueña os invita á que subáis al principal, en donde os conducen á la sala que sirve para las presentaciones. Este es un saloncito modesto que tiene pretensiones de artístico; tapicería imitación de Beauvais con personajes, cubre los huecos y las puertas, así como los dorados sillones de forma Luis XV. La

chimenea desaparece sosteniendo un reloj y unos candelabros demasiado grandes, que no pertenecen á ningún estilo. Un entredos de Boule, un piano, un armario de palo de rosa, un gran espejo encima del sofá y enfrente de la chimenea, constituyen el mobiliario. Aquí y allá se ven esparcidas estatuas muy decentes y algunos juguetes de porcelana, que sin duda han sido regalados á la soberana por alguna vasalla agradecida ó deseosa de captarse su protección. En la mesa del centro se ven hermosos jarros llenos de flores que perfuman el ambiente, y pan al salón cierto aire de frescura y de inocencia.

Transcurridos dos ó tres minutos, Lareine que ha sido prevenida por su dama de honor, se presenta sonriendo y llena de amabilidad, os reconoce ó hace vuestro conocimiento, y entráis de lleno en la conversación.

— Vamos á ver: ¿tienes hoy algo de nuevo? le pregunté aquella famosa noche en

que fui á su casa guiado únicamente por mi perversidad.

— Sí, me respondió, de la misma manera que yo me lo esperaba. Hace ya una hora que estoy recibiendo infinidad de visitas; sin duda esas señoras han adivinado que ibáis á venir. Ahora están jugando á la treinta y una en el salón del piso bajo; voy á suplicarlas que suban para que os hagan compañía.

— No es menester, dije yo.

— ¿Por qué?

— Porque estoy seguro de que las conozco y que serán esas que vienen siempre, y á quienes tú llamas el plato del día. Quiero una cosa nueva.

— Entonces, voy á presentaros una italiana que llegó ayer de Florencia.

— ¿Pero vino en línea recta á tu casa?

— No, ha parado en el Gran Hotel. Un mozo de confianza me dió el aviso, y yo he ido á verla hoy, decidiéndola á que viniera esta noche para devolverme la visita. En

este momento estaba hablando con ella en el salón blanco, cuando vinieron á avisarme que estabáis aquí. ¿Queréis que la llame?

— No; esa italiana debe ser morena, y las morenas no me llaman hoy la atención. Tengo algo de melancolía, y quisiera ojos azules y cabellos rubios. ¿Tienes esto?

— Precisamente : una escocesa que ha llegado esta semana de Glasou con su marido ó su amante.

— Supongamos que es su amante : es lo más probable.

— Bueno, sea así. Un amante que la ha dejado plantada sin dinero y sin recursos.

— ¡Vamos! sin recursos, y ¡tiene el placer de conocerte!

— Vaya, tenéis gana de broma : yo hago los favores que puedo.

— ¡Al ciento por ciento! dije para mí.

Y así es en efecto, las guardianas del templo toman para sí, como gastos de culto, la mitad del importe de las ofrendas que llevan los fieles.

— Conque qué hacemos de la escocesa. ¿Queréis verla? preguntó Lareine, que como mujer práctica, volvía á la cuestión lo más pronto posible.

— No; se me ha metido en la cabeza que no he de llegar á entenderme con ella.

— Entonces, ¿qué vamos á hacer? me respondió con cierto desconsuelo; ¿si no queréis ni aun ver las personas de que os hablo?

— Las vería con mucho gusto si creyera que estabas convencida de que habían de gustarme, pero no te atreves á asegurarlo. ¿Entonces, quiere decir que no tienes nadie?

— Nadie que os convenga, porque sois muy exigente: ¿por qué no me avisáis anticipadamente vuestra visita? Durante el día tomaría mis medidas y por la noche tendríais aquí una escogida sociedad de actrices, de...

— No continúes; entonces no vendría nunca, sería imposible pasar aquí la noche con semejante jaqueca.

Nuestra conversación fué interrumpida por la llegada de la dueña que venía á anunciar á su ama que una señora solici- taba hablarla.

— ¿Me permitís? dijo Lareine volvién- dose hacia mí.

— Os lo permito con tanta más facilidad, puesto que me voy.

— No hacéis bien. Quizá os guste la re- cién venida.

— Mucho lo dudo, pero no tengo incon- veniente en esperar á que vuelvas.

— ¿Queréis que le diga á la italiana que venga á haceros compañía y suceda lo que Dios quiera?

— Bueno, puedes hacer lo que quieras, pero antes dile mis intenciones porque no quisiera defraudarla en sus esperanzas.

Muy poco rato después se presentó la italiana, vestida de negro, cubiertas las ma- nos de magníficos guantes, un sombrero mosquetero y un abrigo que la envolvía completamente. Importa mucho no olvidar

un detalle característico : lo mismo en casa de Lareine que en las de sus colegas, todas las mujeres que allí se encuentran, parece siempre que van á hacer una visita. Su aspecto es de lo más decente y más completo que se pueda desear y cuando se ponen de confianza, es únicamente después de ha- berlas invitado á hacerlo en el gabinete particular que se les reserva. Aquel traje y aquellas maneras han sido establecidos como para demostrar que se trata de una simple entrevista entre dos personas que pueden muy bien no llegar á ponerse de acuerdo. Las apariencias se guardan con una especie de satisfacción, que llegaría uno á suponer que se encontraba en casa de M. de Foy ó en alguna otra cuyos due- ños, personas honradas, tienen la manía de hacer casamientos y reunir en sus salo- nes por parejas, gente joven, hombres for- males y viudas. Bien es verdad, que aquí se trata de uniones serias y no de amistades pasajeras; pero en algunos países, como

por ejemplo, en Persia, ¿no se realizan matrimonios que duran solamente un año, seis meses, quince días y una semana? Hombres de ley y sacerdotes fomentan, facilitan y bendicen estas efímeras uniones que se llaman *Sigheh*, para distinguirlas de la unión indisoluble que se llama *Agdéh*. En cuestión de moral no hay nada absoluto, y es tan antigua esta verdad, que me causa vergüenza el volverla á repetir. Lo que en una parte se prohíbe, se recomienda en otra y lo que nos hace sonrojar en esta parte del Ecuador, nos cubre de gloria en el otro lado : de modo que las buenas ó malas costumbres dependen únicamente de la cuestión de latitud ó longitud. Así es como Lareine que está despreciada entre nosotros, viviría considerada en algunos países de Asia, puesto que llegaría á ser una sacerdotisa persana, encargada de los matrimonios por semana, medio día ó una hora.

Pero volvamos á mi italiana. Como lo había previsto, era una joven hermosa y

esbelta, de rasgos enérgicos, demasiado enérgicos para mí aquella noche. Ella no sabía una palabra de francés y yo hablo un italiano de convención con las mujeres, pero llegamos á entendernos hasta el momento en que Lareine vino á librarme de ella.

Mi acompañanta se retiró un poco disgustada, puesto que yo no la había invitado á que se quitase siquiera el sombrero ; afortunadamente cierta clase de mujeres no hacen mucho caso de esta falta de éxito, porque es un caso que se les presenta con mucha facilidad en su aventurera existencia. Si hubieran de gustar á todo el mundo, seguramente que tendrían mucho que hacer.

— Pues bien, me dijo Lareine, así que estuvimos solos, podéis vanagloriaros, amigo mío, de tener una suerte decidida.

— ¿Cómo es eso?

— La señora que me obligó á abandonaros, es una mujer excepcional.

— ¿De verdad? ¿Me das tu palabra?

— Sí, respondo de ello, me dijo llena de confianza. Es la mujer más hermosa que he visto, y eso que he visto algunas que lo eran mucho.

— Ten cuidado en no aventurar demasiado, porque me vas á hacer creer en alguna maravilla.

— No perderéis ninguna ilusión.

— ¿Y de dónde viene esa notabilidad?

— No lo sé; me ha sido casi imposible hacerle decir cuatro palabras. Estaba demasiado turbada y respondía balbuceando á mis preguntas.

— ¡Qué habilidad!

— Decid más bién ¡qué timidez! se conoce que no tiene costumbre de dar ciertos pasos y que es la primera vez que viene á una casa como ésta.

— Entonces, no es una de tantas.

— ¡Oh! no, pondría las manos en el fuego.

— ¿Es extranjera?

— No, parisién.

— ¡Parisién! ¿y tú no la has visto nunca?

— Lo mismo que á otras muchas. Las mujeres de clase salen á pié muy poco y no me reciben en sus salones.

— ¡Ah! ¿es una mujer de clase? dije sonriendo con aire de duda.

— Apostaría cualquier cosa; si fuera una actriz ó una mujer entretenida, habría reparado en ella en el teatro ó en el Bois.

— Quizá sea alguna artista ó una señora de provincia.

— No puede ser. El olor provinciano lo percibo á la legua. Será posible que viva fuera de París; pero estoy segura que ha nacido aquí y pertenece á la buena sociedad.

— ¡Insistes en ello! bueno, no quiero contrariarte. Sin embargo, siempre me ha parecido imposible el que viniera aquí una mujer principal.

— ¿De veras? Entonces, os habéis olvidado de todas las que habéis conocido en mi casa?

— No me acuerdo. ¿Quién?

— La mujer del ministro, por ejemplo.

— ¿La mujer del ministro? repetí, haciendo por recorda. Te suplico seas más explícita. ¡Hemos tenido tantos ministros en Francia!

— Acordáos, hace un mes, de una rubia gruesa.

— ¡Ah! sí. Ya caigo. La mujer de un ministro protestante, una suiza, que habían arrojado de los Cuatro Cantones por mala conducta. ¡Si á eso llamas mujer de clase!

— Y la mujer del capitán, y la del doctor, y...

— ¡Oh! te suplico que no sigas. Desgraciadas, comprometidas, sin posición desde hace un siglo.

— Pero en último resultado, dijo Lareine algo picada, eran casadas.

— Lo habían sido, lo cual no es lo mismo. Pero volvamos á esa desconocida. ¿Se ha arreglado contigo?

— No. Cuando he querido abordar la

cuestión de intereses, se ha puesto muy pálida y temblorosa, hasta el extremo de que creí que iba á echar á correr.

— ¡Diablo! Entonces eso es muy caro.

— No lo creo. Ella viene á buscar aquí otra cosa diferente del dinero. ¿El qué? Eso es lo que ignoro, y quizá vos lleguéis á descubrirlo... vamos, no perdamos el tiempo porque debe ya estar impaciente. ¿Queréis conocerla?

— ¡Ya lo creo! no puedes dudarle porque te has dado muy buena maña para excitar mi curiosidad.

— Quizá me proporcionéis algún remordimiento.

— ¿A tí? ¿y por qué?

— Si no llegáseis á poder satisfacer vuestra curiosidad.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que pudiera muy bien suceder que no conviniéseis á esa señora.

— ¿Qué es lo que decís? ¿Se han trocado los papeles? ¿Acaso soy yo ahora el que

tú presentas y á quien se puede rehusar?

— Seguramente. Cuando la he hablado de un hombre rico, generoso, distinguido y joven, á quien yo la podría presentar, me ha cortado la palabra para decirme: « Yo quisiera ver antes á esa persona. » Sin duda teme encontrarse con alguien que la conozca ó la haya visto en alguna parte y sepa su nombre. ¿De qué os admiráis? Estas precauciones son muy naturales, y yo soy la primera en aconsejar que se tomen desde el día en que, llena de confianza, presenté una mujer á su marido.

— ¡ Ah! ¡ eso es bueno! ¿y qué dijo el marido?

— ¡ Puso una cara!... pero la mujer le dió un escándalo, pretendiendo que le había visto entrar en la casa y que había querido tener la prueba de su infidelidad.

— ¿Y era verdad?

— ¡ Inocente! La mujer hacía un año que venía aquí, y su marido, á quien yo no conocía, se atrevía á hacerlo por primera

vez: es decir, que sin la presencia de espíritu de la mujer, habría tenido lugar aquí una escena trágica... De modo que es cosa entendida. Vais á sentaros allí delante de la mesa, cerca de la lámpara, dirigiendo la mirada al fondo. Esa señora levantará un poco el portier, y podrá veros sin que vos la veáis.

— Bueno, dije, dirigiéndome al sitio que se me había indicado. La aventura va siendo interesante y empieza á entretenerme.

Segura de mi consentimiento, Lareine se apresuró á dejarme, y pocos minutos después la puerta situada enfrente se abrió con lentitud y apareció un dedo con guante negro, que agitó un poco el cortinaje. Empezaba la inspección que soporté en silencio, experimentado una ligera emoción como el soldado cuando va á ser reconocido.

Un momento después había caído el tapiz, adquiriendo su natural rigidez, y se oyeron algunos pasos: iba á saber mi suerte.

¿Había sido aceptado, ó se me rechazaba?

— No os conoce y le gustáis, dijo Lareine al entrar, con la sonrisa en los labios.

Mi victoria me fué muy halagueña y quise á mi vez manifestarme altivo.

— ¿De verdad le he gustado? dije riendo. Entonces, puesto que todo ha cambiado, ¿cuánto me da?

Lareine empezó á reír conmigo y respondió:

— Le pediré lo más caro posible.

— ¿Y qué te guardarás?

— Evidentemente no trataréis de...

— He dado tanto durante mi vida, que justo es que una vez y por casualidad... Pero hablemos seriamente, ¿es verdad que me espera?

— Sí, allí dentro, no tenéis más que abrir la puerta.

— ¿Quiéres hacerme el favor de cederme el piso tercero?

— No habría querido subir: bastante trabajo me ha costado el retenerla en ese

cuarto. Quería marcharse y he tenido necesidad de echar la llave.

— No está mal todo eso, dije yo; si es comedia, es preciso reconocer que está muy bien hecha. Vamos, voy á saber á qué atenerme.

Y hablando de esta manera, me dirigí hacia la puerta del fondo.

— ¡Buena suerte! me dijo Lareine.

Me volví para decirla:

— ¡Cállate! Esas palabras llevan la desgracia en el juego, la caza y el amor.

Después alcé el portier, abrí la puerta y entré.